



"¿Cuáles son mis esperanzas? ¿A dónde tiende mi corazón? La estatura moral y espiritual del hombre se puede medir por aquello que espera" (Benedicto XVI)

Cristo Resucitado nos trae una nueva Vida. San Ignacio de Loyola nos lo presenta en la cuarta semana de sus ejercicios, pletórico de Vida, **devolviendo esperanza y consolando a los discípulos que estaban tristes y desesperanzados** tras los sucesos del Calvario. Los dos de Emaús son seguramente los que mejor muestran los efectos de esa triste y desesperanzada desolación: "Nosotros creíamos... pero...". Se vuelven a sus casas, defraudados y tristes, pues la aventura que habían soñado con aquel hombre fascinante, que se les presentaba como mesías, había terminado, y de manera verdaderamente trágica. Ambos discípulos son, quizá, el mejor icono y paradigma de tantos hombres y mujeres que en el camino de la vida experimentan con desgarradora intensidad la tristeza, la desilusión, el desengaño y la frustración.

El hombre necesita ESPERANZA

El hombre necesita siempre esperanza: Necesita pequeñas esperanzas para cada día, y también grandes esperanzas que no le defrauden, que mantengan viva su ilusión por vivir. Cuando desaparece la esperanza del corazón humano, o cuando ésta se frustra, surge la tristeza y la amargura; y si la desesperanza llega a ser grande, las consecuencias pueden ser dramáticas, dolorosas, incluso trágicas.

Los mismos psicólogos dicen que la depresión por haber perdido algo que consideramos importante, o por experimentar que no podemos conseguir lo que deseamos o necesitamos, engendra sentimientos de fracaso, de sinsentido, de rabia, de soledad profunda y devastadora... Y con no poca frecuencia pueden conducir a la desesperación e incluso al suicidio.

En nuestro mundo falta la esperanza. Nos acechan hoy por doquier temores, pesimismo y desesperación en no pocas familias y en muchos corazones. Escasean, por el contrario, los que miran el presente y el futuro con optimismo.

La esperanza es una virtud que engendra confianza y fe para lograr algo que consideramos bueno y necesario. De hecho, los seres humanos siempre estamos a la espera de algo. Por ejemplo, tenemos la esperanza de encontrar un buen trabajo, de obtener resultados excelentes en los estudios, de hallar la persona amada, de formar una familia, de superar una enfermedad, de alcanzar la plena realización de nuestras vidas... Podemos decir que **«el hombre está vivo mientras espera, mientras en su corazón está viva la esperanza»**

Más aún, **la esperanza llega a ser especialmente necesaria y salvadora en momentos de sufrimiento o de gran dificultad.**

Viktor Emil Frankl fue un psicólogo judío de Viena, Austria. Fue internado como prisionero en un campo de concentración de Alemania durante la

Segunda Guerra Mundial. Frankl observó a sus compañeros en prisión y evaluó sus comportamientos en medio de las condiciones horribles a las que estaban sometidos, y vio que muchos prisioneros enfrentaban las circunstancias con pesimismo. Estos generalmente se rendían en su lucha por sobrevivir y se dejaban morir o se suicidaban. Sin embargo, otros triunfaban sobre aquellas horribles condiciones. Estos rehusaban rendirse al pesimismo; más bien **se aferraban tenazmente a una esperanza optimista, que los llevó a sobrevivir en aquella horrible experiencia.**

Se dio cuenta de que la diferencia entre unos y otros no estaba en su procedencia, sino en lo que llevaban en el corazón. Los optimistas, por decirlo de alguna manera, creían que aquel sufrimiento no sería para siempre, estaban convencidos de que les llegaría un mañana mejor. **Creían con certeza,** tenían la firme esperanza de que los nazis terminarían derrotados, y que serían liberados. **Esta esperanza les dio valor para enfrentar su dura realidad.**

Viktor Frankl lo experimentó en su propia carne. Para él fue su espiritualidad y el amor a su familia: la idea de volver a encontrarse algún día con su esposa e hijos le motivó siempre y le dio fuerzas para sobrevivir en el campo.

Cuando detrás de lo que nos ocurre, concluye el psiquiatra, incluso de las experiencias más indeseables, descubrimos una razón que las justifique o una razón por la cual luchar para superarlas, entonces todo resulta más llevadero y hasta humano.

Pero una esperanza CIERTA y FIABLE

«SPE SALVI facti sumus» – en esperanza fuimos salvados, dice San Pablo a los Romanos y también a nosotros (Rm 8,24). Según la fe cristiana, la «redención», la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino» (Spe Salvi 1)

Entre tantas esperanzas parciales e insuficientes, la persona humana necesita una **esperanza fiable y grande...** Las distintas esperanzas humanas, que inspiran nuestras actividades diarias, corresponden al anhelo de felicidad que Dios ha puesto en el corazón de los hombres (cf. CIC 1818). Por lo tanto, **la esperanza cristiana purifica y ordena todas nuestras acciones hacia Dios,** fuente perfecta y plena de amor y felicidad que colma todos nuestros anhelos¹.

Sólo hay una clase de esperanza que vale verdaderamente la pena, la única que hace mirar la vida cara a cara y tener por cierto que nuestro presente y nuestro futuro está en las manos poderosas y amorosas de Dios: es la **ESPERANZA CRISTIANA,** que es confianza de hoy, de mañana y de siempre; nunca dejará de ser, ella permanecerá. **"Reposa sólo en Dios, alma mía, porque de Él viene mi esperanza" (Sal 62).**

que ahora había aprendido–, **al Dios vivo, el Dios de Jesucristo.** Hasta aquel momento sólo había conocido dueños que la despreciaban y maltrataban o, en el mejor de los casos, la consideraban una esclava útil. Ahora, por el contrario, oía decir que había un «Paron» por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el «Paron» supremo, ante el cual todos los demás no son más que miserables siervos. **Ella era conocida y amada, y era esperada.** Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba «a la derecha de Dios Padre». **En este momento tuvo «esperanza»;** no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino **la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa.** A través del conocimiento de esta esperanza ella fue «redimida», ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios. Entendió lo que Pablo quería decir cuando recordó a los Efesios que antes estaban en el mundo sin esperanza y sin Dios; **sin esperanza porque estaban sin Dios.** (Spe Salvi, 3)

¹ Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza. Para nosotros, que vivimos desde siempre con el concepto cristiano de Dios y nos hemos acostumbrado a él, el tener esperanza, que proviene del encuentro real con este Dios, resulta ya casi imperceptible. El ejemplo de una santa de nuestro tiempo puede en cierta medida ayudarnos a entender lo que significa encontrar por primera vez y realmente a este Dios. Me refiero a la africana Josefina Bakhita, canonizada por el Papa San Juan Pablo II.

Nació aproximadamente en 1869 –ni ella misma sabía la fecha exacta– en Sudán. Cuando tenía nueve años fue secuestrada por traficantes de esclavos, golpeada y vendida cinco veces en los mercados de Sudán. Terminó como esclava al servicio de la madre y la mujer de un general, donde cada día era azotada hasta sangrar, como consecuencia de ello le quedaron 144 cicatrices para el resto de su vida. Por fin, en 1882 fue comprada por un mercader italiano para el cónsul italiano Callisto Legnani que, ante el avance de los mahdistas, volvió a Italia. Aquí, después de los terribles «dueños» de los que había sido propiedad hasta aquel momento, **Bakhita llegó a conocer un «dueño» totalmente diferente** –que llamó «paron» en el dialecto veneciano

Dice el Papa Francisco: "La esperanza cristiana no es mero optimismo. La esperanza es un don, un regalo del Espíritu Santo y por eso 'nunca defrauda'. Esta esperanza, según san Pablo, tiene un nombre: Jesús. Si no dices: 'Tengo esperanza en Jesús, en Jesucristo, Persona viva, que ahora viene en la Eucaristía, que está presente en su Palabra', no es esperanza. Es buen humor, optimismo...".

El contenido de la esperanza cristiana

¿Qué es lo que esperamos? ¿Qué deseamos que se realice? ¿Cuál es la esperanza que anhelamos desde el corazón?

Todos queremos ser felices siempre, y eternamente felices. No podemos dejar de aspirar a la felicidad. **Este deseo sólo lo colma Jesucristo que nos salva y nos promete una total transformación.** Es una promesa gloriosa: llegar a tener un cuerpo semejante al suyo glorioso: "Os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados" (1 Co. 15:51).

Es el deseo de ir al cielo. **La esperanza de estar en el cielo, ser transfigurados y estar allí con nuestro Señor Jesucristo.** "Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras" (1 Ts. 4:16-18).

Ver a Dios cara a cara. **La esperanza de ver a nuestro Salvador tal como Él es.** "Queridos, ahora somos ya hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es" (1 Jn. 3:2).

Vivir el gozo de la Jerusalén del cielo, en la que ya no habrá lágrimas ni dolor: "Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido." (Ap. 21:2).

Un impresionante ejemplo reciente:

María y Álex son los padres de Mariquilla, la niña de cinco años que falleció hace unos meses al ser atropellada en Madrid a las puertas del Colegio Montealto. Ellos escribieron una conmovedora carta a los padres del centro educativo, agradeciendo las numerosas muestras de cariño y tantas oraciones. En ella también explicaban sus sentimientos.

La madre de la pequeña había sido una de las primeras en llegar al lugar del accidente, pues trabaja en la secretaría del centro. En ese trance, mientras actuaban los servicios sanitarios, ella, y la conductora que accidentalmente atropelló a las tres niñas (también llamada María) se dieron un abrazo. En la carta, los padres de Mariquilla pedían de nuevo al resto de familias del colegio que siguiesen rezando por ella (la conductora) pues "le ha tocado, a nuestro parecer, el peor trago del accidente", asegurando que no tenía ninguna culpa. Y seguían diciendo en la carta: "Os queremos. Estamos abrumados por tantísimas muestras de cariño. Estamos metidos en nuestra cueva intentando curarnos unos a otros, no sabemos ni la centésima parte de lo que estáis rezando". Y más adelante: "El amor humano es finito, pero el amor de Dios es infinito". Los doloridos padres aseguran no sentirse capaces de leer tantos mensajes de cariño para no estar "todo el día llorando". Y aseguran que tantas oraciones les "sostienen".

Y, aludiendo a la conductora del coche, añaden: "Os ruego muchas oraciones por las otras dos familias y por María, la madre que le ha tocado, a nuestro parecer, el peor trago del accidente". "Una vez más le repetimos que se abandone en el Señor para darse cuenta de que no tiene culpa alguna. Aunque sea incomprendible Nuestro Dios lo ha permitido para sacar bienes mayores".

"Lo normal, ante una privación tan brutal como la muerte de una hija, es rendirse a la desesperación. Pero los padres de Mariquilla hacen exactamente lo contrario. Están tan enamorados de la belleza irrepetible de su hija que tienen la convicción de que esa belleza no puede desaparecer a los cinco años; y, por lo tanto, piensan que a una privación tan maligna como la muerte de Mariquilla sólo puede corresponderse una plenitud de bienes. Los padres de Mariquilla están convencidos de que sólo un mundo no finito –un mundo que exceda sus límites aparentes– puede albergar debidamente la belleza de Mariquilla. En esto consiste la esperanza

cristiana: en experimentar que la belleza resplandece más allá de sí misma, que cuando parece que ha llegado a su final, esa belleza florece de nuevo para no acabar nunca. Y esa esperanza es, en efecto, escandalosa, porque nada tiene que ver con el optimismo banal y eufórico propio de nuestra época" (Juan Manuel de Prada).

Una expresiva imagen de la esperanza

Para entender la esperanza nos dice el Papa Francisco que nos puede ayudar la imagen de la mujer embarazada que espera alegre el encuentro con su hijo que va a nacer. Va al médico y éste le enseña la ecografía. Ella está feliz. Todos los días le acaricia en su seno. Imagina cómo serán los ojos del hijo, cómo será su sonrisa, si será rubio o moreno... Imagina el encuentro con el hijo.

De la misma manera, el cristiano vive la esperanza del encuentro con Jesús. Vivir en esperanza es caminar hacia un premio, hacia la felicidad que no tenemos aquí pero que la tendremos allí, en el cielo.

Es una virtud algo difícil de entender, sigue diciendo el Santo Padre. Por un lado es una **virtud muy humilde**, y por otro muy concreta. Es humilde pero nunca decepciona. La esperanza nunca defrauda", dice San Pablo., ¿Por qué no decepciona nunca? Porque es un don que nos da el Espíritu Santo. Si tú esperas, nunca serás decepcionado ¡nunca!

Pero es también una **virtud concreta**. ¿Y cómo puede ser concreta si no conocemos el cielo o aquello que esperamos?". Es concreta, porque el encuentro se anticipa todos los días: por ejemplo cada vez que encontramos a Jesús en la Eucaristía, en la oración, en el Evangelio, en los pobres, en la vida comunitaria, damos un paso hacia ese encuentro definitivo. De alguna manera lo adelantamos. Se vive y acrecienta en "la sabiduría de saber disfrutar de los pequeños encuentros de la vida con Jesús, preparando ese encuentro definitivo" en el cielo.

Tres "lugares" para alcanzar esperanza

Benedicto XVI, en la carta encíclica *Spe Salvi*, nos propone tres "lugares" para el aprendizaje y el ejercicio de la esperanza cristiana. En ese sentido, podemos hablar de un "gimnasio" para fortalecernos en esta virtud, y para que el materialismo y el consumismo, que asfixian nuestra sociedad, no la opaquen ni la debiliten.

➤ El primer lugar es la **ORACIÓN**

En el diálogo íntimo y personal con Dios experimentamos la realidad y la cercanía de un Padre que escucha y nos habla. **El contacto frecuente con el Señor, en la oración, reaviva y renueva nuestra esperanza** porque nos acercamos con la convicción de que **Dios siempre atiende nuestras súplicas y está dispuesto a ayudarnos**, pues «cuando no puedo hablar con ninguno (...) siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme (...) Él puede ayudarme».

➤ El segundo "lugar" es la **rectitud del obrar y el SUFRIMIENTO**

El dolor y los padecimientos, tanto físicos como morales, son realidades connaturales a nuestra existencia humana. **Cuando las tribulaciones se aceptan, no con una vana resignación sino con fe y esperanza, encontramos un camino de maduración y purificación.** Desde esta óptica, el sufrimiento adquiere un auténtico sentido sólo a la luz del misterio de Cristo y, así mismo, podemos hacer frente a los padecimientos con realismo y provecho; y sin desesperación.

➤ Finalmente está la reflexión constante sobre el **JUICIO FINAL**

La realidad del juicio nos ayuda a ordenar la vida presente de cara al futuro, a la eternidad. Además, ante muchos de los trágicos eventos que han marcado la historia humana **esperamos en la justicia divina**, pues tiene que existir alguien que pueda responder «al sufrimiento de los siglos» y al «cinismo del poder». Algunos autores de la violencia e injusticia en este mundo podrán escapar al juicio humano pero no al juicio divino. **Hasta los más desfavorecidos y los inocentes que hayan sufrido terrible e injustamente pueden tener esperanza.**

En conclusión, «**EL HOMBRE NECESITA A DIOS, DE LO CONTRARIO QUEDA SIN ESPERANZA**» (Spe Salvi, n. 23). Sólo Dios puede colmar totalmente todos nuestros anhelos y esperanzas; sólo Él puede satisfacer todos nuestros anhelos y ansias de felicidad y de justicia.

**LOS SANTOS NOS ENSEÑAN CÓMO HACER EN LA ORACIÓN**

“¿Qué hago yo en la oración –me preguntas- si no se me ocurre nada para decirle?... ¿Que qué haces? ¡Adora... y espera! Si no sé decir nada... ¡No importa! ese silencio basta; aunque sientas el corazón seco, árido, incluso molestado de tentaciones, no temas, sigue adorando, que esto sólo ya es un acto magnífico ante Dios; y si luego consientes afectos de gratitud, de más inmolación, toma todos estos afectos que el Espíritu Santo te da y preséntaselos también a Jesús. Ésta es una práctica principal que hemos de tomar”.

(San José María Rubio)

Es el domingo del BUEN PASTOR

Invoquemos siempre a la Virgen María y al Espíritu Santo al empezar nuestra oración:

“Envía tu Espíritu Santo sobre nuestras almas y haznos comprender las Escrituras inspiradas por él; y a mí concédeme interpretarlas de manera digna (...) No se puede comprender el sentido de la Palabra si no se tiene en cuenta la acción del Paráclito en la Iglesia y en los corazones de los creyentes”

**LA IMAGEN DEL BUEN PASTOR,
TOTALMENTE ARRAIGADA EN
LA TRADICIÓN BIBLICA**

La mayor parte de Judea era un altiplano de suelo áspero y pedregoso, más adecuado al pastoreo que a la agricultura. La hierba era escasa y el rebaño debía trasladarse continuamente, no había cercados y esto requería la constante presencia del pastor entre la grey. En el Antiguo Testamento **Dios mismo es representado como pastor de su pueblo**: «*El Señor es mi pastor, nada me falta*» (Sal 23,1). «*Él es nuestro Dios y nosotros el pueblo de su pasto*» (Sal 95,7).

El futuro Mesías también es descrito con la imagen del pastor: «*Como pastor pastorea su rebaño; recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva y trata con cuidado a las paridas*» (Is 40,11).

Esta imagen ideal de pastor encuentra su plena realización en Cristo. Él es el buen pastor que va en busca de la oveja extraviada; se apiada del pueblo porque lo ve «*como ovejas sin pastor*» (Mt 9,36); llama a sus discípulos «*el pequeño rebaño*» (Lc 12, 32). Pedro llama a Jesús «*el pastor de nuestras almas*» (1 P 2) y la Carta a los Hebreos «*el gran pastor de las ovejas*» (Hb 13,20).



Jesús está haciendo un contraste entre Él y los otros “pastores”, los fariseos, los malos guías que son como “mercaderes”, o “manos contratadas” que no se preocupan por las ovejas sino por su salario. En definitiva, muchas veces, ladrones que se aprovechan egoístamente del rebaño.

2. Conozco a mis ovejas y ellas me conocen y me siguen

«*Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen*». En ciertos países de Europa, las ovejas se crían especialmente por la carne; en Israel se criaban sobre todo por la lana y la leche. Por ello permanecían años y años en compañía del pastor, quien acaba por conocer el carácter de cada una y llamarla con algún afectuoso apodo.

Está claro lo que Jesús quiere decir con estas imágenes: **Él conoce a sus discípulos** (y, en cuanto Dios, a todos los hombres); los conoce «por su nombre», que para la Biblia quiere decir en su esencia más íntima. **Él los ama con un amor personal que llega a cada uno como si fuera el único que existe ante Él.**

Cristo no sabe contar más que hasta uno: y ese uno es cada uno de nosotros.

3. Yo doy mi vida por las ovejas

Él *da la vida a las ovejas y por las ovejas y nadie podrá arrebatarlas*. Primero, para comprender mejor el propósito de un pastor durante los tiempos de Jesús, es útil darse cuenta de que **las ovejas son totalmente indefensas y totalmente dependientes del pastor**. Las ovejas están siempre sujetas a peligro y siempre deben estar bajo la atenta mirada del pastor mientras pastan. Por los valles, precipitaciones de agua repentinas y fuertes pueden arrastrarlas, los ladrones pueden robarlas y los lobos pueden atacar al rebaño. David cuenta cómo mató a un león y a un oso mientras defendía el rebaño de su padre como pastor (1 Samuel 17,36).

Pero la pesadilla de los pastores de Israel eran las salvajes bestias –lobos y hienas- y los salteadores. En lugares tan aislados constituían una amenaza constante. Era el momento en que se evidenciaba la diferencia entre el verdadero pastor –el que apacienta las ovejas con vocación de pastor- y el asalariado que se pone al servicio de algún dueño sólo por la paga que recibe de él, pero que no ama, e incluso frecuentemente odia o se aprovecha de las ovejas. Frente al peligro, el mercenario huye y deja a las ovejas a merced del lobo o del malhechor; **el verdadero pastor afronta valientemente el peligro para salvar el rebaño.**

Esto explica por qué la liturgia nos propone el Evangelio del buen pastor en el tiempo pascual: **la Pascua ha sido el momento en que Cristo ha demostrado ser el buen pastor que da la vida por sus ovejas. Jesús dio Su vida en la cruz como “el Buen Pastor” por su cuenta.**

Jesús deja claro que no fue sólo para los judíos que Él dio su vida, sino también para las “*otras ovejas que tengo que no son de este pliegue; también yo los traeré, y oirán mi voz; Y habrá un rebaño y un pastor*” (Juan 10,16). Las “*otras ovejas*” claramente es una referencia a los gentiles. Como resultado, **Jesús es el Buen Pastor de todos**, judíos y gentiles, los que llegan a creer en Él (Juan 3,16).

**Lectura del santo Evangelio según San Juan 10,27-30:**

En aquel tiempo, dijo Jesús: «Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano.

Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno»

PUNTOS PARA LA MEDITACIÓN**1. Yo soy el buen pastor**

La palabra griega *kalos*, traducida como “buena”, describe lo que es noble, sano, bueno y bello, en contraste con lo malo y desagradable. Significa no sólo lo que es bueno interiormente, sino también lo que es atractivo exteriormente, lo que fascina. Es una bondad innata, evidente, atractiva. Por lo tanto, al usar la frase “el buen pastor”, Jesús está haciendo referencia a Su bondad inherente, a su justicia, a su belleza, a su encanto y atractivo personal. Como el pastor de las ovejas, Él es el que **protege, guía y nutre a su rebaño.**

COLOQUIO

Reza con esta bella oración de san Ambrosio:

Ven, Señor Jesús, busca a tu siervo; busca a tu oveja fatigada; ven, Pastor. Mientras tú te retrasas por los montes, tu oveja va errante: deja, pues, a las noventa y nueve restantes, y ven a buscar a la única que se ha perdido. Ven sin dejarte ayudar, sin dejarte anunciar; ahora es a ti a quien espero. No cojas tu látigo, coge tu amor; ven con la suavidad de tu Espíritu.

No dudes en dejar en los montes a estas noventa y nueve ovejas que ya son tuyas; sobre las cumbres en que las has puesto, los lobos no tienen acceso a ellas. Ven a mí, que me he extraviado alejándome de los rebaños de allá arriba, porque también a mí me habías colocado con ellas, pero los lobos de la noche me hicieron abandonar tus apriscos.

¡Búscame, Señor, pues mi oración te busca! ¡Búscame, encuéntrame, levántame, llévame! Al que tú buscas, puedes encontrarlo; al que encuentras, dignate levantarlo; al que levantas, pónelo sobre los hombros. Esta carga de tu amor jamás te es fatigosa, y sin cansarte te haces el pagador de la justicia.

Ven, pues, Señor, porque es verdad que me extravió, no he olvidado tu palabra, y sé que seré curado. Ven, Señor, tú sigues siendo el único capaz de llamar a tu oveja perdida, y a las otras que dejarás no les causarás ningún dolor; también ellas estarán contentas de ver cómo regresa el pecador.

MEDITACIÓN DEL P. TOMÁS MORALES

El buen Pastor da su vida por sus ovejas. Soy el buen Pastor, porque doy mi vida por ellas. La locura de la encarnación, el misterio insondable de la vida y pasión de Jesús, la resurrección triunfante, para que tú tengas vida y la tengas más abundante (Jn 10,10). Y el buen Pastor da su vida por ti, por todos los hombres, sufriendo y amando. Cristo ha sufrido por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas... Cargó en su cuerpo nuestros pecados clavándolos en la cruz, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia (1 Pe 2,21).

Conozco a mis ovejas, y ellas me conocen.

Soy el buen Pastor—sigue repitiendo Jesús en el evangelio—. **No sólo doy mi vida por mis ovejas, sino que las conozco, las amo.** El conocimiento es aurora del amor. *Soy el buen Pastor, porque amo a mis ovejas, y ellas me aman a mí.* Muchas veces, eso significa en el Evangelio la palabra *conocer*: amar, fiarse, creer. «Y mis ovejas me amarán si me conocen, me conocerán si piensan, pensarán si callan». El silencio es siempre, por eso, prelude del amor. Saber callar controlando ojos, imaginación, sensibilidad; **saber callar sufriendo en silencio y paciencia, es acercarse a Jesús.**

El hombre es corazón, capacidad de amar. **El corazón empieza en la cabeza, pero la cabeza empieza en el silencio...** Hombre que no calla, no piensa. Hombre que no piensa, no se da cuenta que Jesús es el buen Pastor para él. Y este hombre no ama a Dios, es infeliz, se aburre. Acaba desertando de su vocación a la santidad. Renuncia a ser feliz, porque no sabe callar. Te avisa San Juan de la Cruz: «Es imposible ir aprovechando sino haciendo y padeciendo virtuosamente, todo envuelto en silencio». **Silencio interior del alma, en que Jesús «queda libre para darse, y el alma, así unificada, se convierte en trono del Inmutable, puesto que la unidad es el trono de la Santísima trinidad»,** escribe Santa Isabel de la Trinidad.

Deseos, temores, alegrías, dolores: todos estos movimientos, provenientes de las cuatro pasiones, tenemos que acallarlos para que el alma penetre «en el alcázar del santo recogimiento y descubra, a la luz de las claridades de la fe, a Dios presente en ella», expresaba la Santa. Pensar con frecuencia que **en la tierra «no hay contento seguro ni cosa sin mudanza»,** nos ayudará a conseguir este silencio interior.

El 24 de agosto de 1562 sintió Santa Teresa una de las mayores alegrías de su vida al comenzar la reforma, encerrándose en San José de Ávila con las cuatro primeras carmelitas. A las pocas horas, la tristeza y la duda se apoderaron de ella. «Válgame Dios, y qué vida tan miserable; No hay contento seguro ni cosa sin mudanza. ¡Hacia tan poquito que no me parecía trocar mi contento con ninguno de la tierra! Y la misma causa de él me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía qué hacer de mí».

Igual que mi Padre me conoce

Así dice Jesús que nos conoce y nos ama: con el mismo amor, inaudito e inefable, con que su Padre le ama a Él. Amor sin fronteras, sin límites, que le lleva hasta dar la vida por sus ovejas. «**Cuanto más nos parezcamos a Él en aquello de la Cruz y en aquello de quererle como nos quiere, mejor**».

Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil. Un quejido lastimero se escapa del corazón amante de Jesús. Tiende su mirada por encima de los siglos. Contempla la muchedumbre de descreídos, indiferentes...

Desde el sagrario oímos este grito de dolor. Miles de jóvenes, de hombres y mujeres fuera del rebaño... *Tengo que recoger en mi aprisco estas ovejas.* Ayúdame tú, cumple tu compromiso de bautizado, escucha el mensaje de Fátima. Te lo repite mi Madre: «**¿Deseáis ofrecer a Dios para soportar todo el sufrimiento que a Él le plazca enviaros como reparación por los pecados con los que Él es ofendido y para pedir por la conversión de los pecadores?**».

Así volverán todas al rebaño: si en cada momento del día vives en plenitud de **amor reparador,** conquistando corazones.

Escucharán mi voz, y habrá un sólo rebaño y un sólo Pastor

Jesús: tu promesa no puede fallar. ¡Fuera derrotismos! Sí, oírán tu voz. Se formará un solo rebaño con un único Pastor. Millones de jóvenes hermanos nuestros se agregarán a la unidad de tu Iglesia. Millones de jóvenes se integrarán en tu rebaño. Y el canto del amor se elevará de todos los corazones, en campos y ciudades. **Oírán tu voz, Jesús mío, si yo me ofrezco.** Si me convengo de que **el santo es un pecador que sigue esforzándose** y que «**para tener a Dios en todo conviene no tener en todo nada,** porque el corazón que es de uno, ¿cómo puede ser del todo de otro?».

Esta es mi respuesta, con la de los pastorcitos de Fátima: «**Sí, quiero.**» – «Y tú, Madre querida, a cada uno de nosotros repítenos lo que el 13 de mayo anunciaste a los pastorcitos: **“Entonces tendréis que sufrir mucho, pero la gracia de Dios os confortará”.** Pronuncia, Madre, estas palabras también sobre nosotros, de manera que una intensa luz inunde nuestras almas, y seamos todos uno en tu Corazón Inmaculado. Luz que, como a los tres niños, “nos haga penetrar en Dios más claramente que en el mejor de los espejos”».

MEDITACIÓN DE SAN J. NEWMAN

«Él va delante, y las ovejas le siguen»

«Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36). Las ovejas estaban dispersas porque no tenían pastor. Así estaba el mundo entero cuando Cristo, en su infinita misericordia, llegó a él «*para reunir en unidad a los hijos dispersos de Dios*» (Jn 11,52). Y si, por un momento, de nuevo quedaron sin guía, cuando en su lucha contra el enemigo el Buen Pastor dio su vida por sus ovejas - según la profecía: «*Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas*» (Za 13,7) – sin embargo, pronto, Éste resucitó de entre los muertos para vivir por siempre, según esta otra profecía: «*El que dispersó a Israel lo reunirá y lo guardará como un pastor a su rebaño*» (Jer 31,10).

Como él mismo dijo en la parábola que nos propuso, **«Y una a una llama a sus ovejas por su nombre, y camina delante de ellas.** Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz». Así, el día de su resurrección, como María lloraba, Él la llamó por su nombre (Jn 20,16), y ella se dio la vuelta y reconoció, al oírlo a aquel que no había reconocido al verlo. De igual modo le dijo a Simón Pedro: «*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*», y agregó: «*Soy yo*» (Jn 21,15.19). Del mismo modo, él y su ángel les dijeron a las mujeres: «*Él les espera en Galilea*»; «*Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán*». (Mt 28,7.10).

Desde aquel momento, **el Buen Pastor, que ocupó el sitio de sus ovejas y murió para que ellas pudieran vivir por siempre, las espera y ellas «siguen al Cordero a dondequiera que vaya» (Ap 14,4).**